

La casa en San José de las Salinas

Llegue a mi casa en San José de las Salinas en el 14 de febrero, y la colina de rocas y polvo sin capaz de apoyar un auto que se llaman la calle hizo un sonido bonito baja de mis zapatillas sucios. Yo abrí la puerta que siempre raspa el piso con un ruido feísimo, como un bienvenidos cariñoso susurrado por la voz de tu abuela cuya garganta ha sido destruido por cigarrillos.

Yo entré a la cocina oscura en el centro de la casa, donde se comen todas comidas; los sabores ricos y típicos de Argentina, platos hechos con amor, y a veces salchichas microondas que sienten como arena en la boca. Donde la familia hace decisiones, conversaciones, y desacuerdos, donde el reloj antiguo nunca deja de chasquear, y donde la Virgen María siempre se mira. La cocina lleva la vida de la familia, el cuarto que se une la casa, se proporciona agua caliente, se guarda su comida fría, y se oye casi cada conversación en la casa. Está ubicada donde estaría el corazón de la casa si fuera un animal, pero se funciona como la mente. Lleva recuerdos, regalos e imágenes de cientos de estudiantes anteriores. Tiene platos de todos diferentes formas y tamaños, y cincuenta calabazas de mate. Aquí es donde conocí a mi hermana anfitriona, donde tomé mate por primera vez, y donde aprendí como hacer mermelada. El cuarto más importante de la casa, que siempre se queda apenas demasiado oscuro para ver bien.

Yo anduve por el comedor, bien envejecido, bien decorado, bastante lindo, pero usualmente vació. El comedor, un espacio grande, donde la ropa se seca, donde la perra orina en el piso, y donde cumplí 21 años. Si alguien tuviera que estudiar esta familia, solamente tendría que cenar en su comedor. En la mesa para seis, comen diez, y entre tres conversaciones simultáneas, hay un estudiante intercambio que se queda callado. Una cena aquí siempre tendrá su propia trama, a veces parece como si la familia fuera dirigida por Quentin Tarentino. Hay épocas de paz, cuando hablamos de deportes, el clima, o la comida. Hay épocas de incomodidad, cuando los niños me preguntan “¿cómo se dice en inglés hijo de puta?” o “¿Trump o Biden?” o “¿Qué tal con la cultura de pandillas en los Estados Unidos?”. Hay épocas de violencia, argumentos fuertes parecidos a una representación cómica de parlamento. Algunas levantadas, gritando y golpeando la mesa, otras riéndose, y yo, todavía callado.

Entré al césped, un patio bonito con hermosos plantas y flores donde nacen los mosquitos ineludibles. El asador, donde mi papá anfitrión me enseñó como hacer la carne argentina, pero tuve que compartir un vino que he comprado para mi familia. Y ese día, el 14 de febrero, me senté en mi cama cuyas sábanas son más viejas que yo, en un cuarto más alto que amplio, con una ventana con vista de pared, un escritorio de bambú que tiene una pierna más corta que las otras, y un piso de baldosas que me enfría los pies. Y en este momento, 7.674 kilómetros de mi casa, donde mi idioma suena como galimatías, sentí como esa casa bastante particular era mi hogar.